



# La Lectura Popular

AÑO XIX

Orihuela 15 de Octubre de 1900.

Núm. 412

## Los encargos de mi Tia

Recuerdos de un viaje del Tio Matraca contado por él mismo.

Yo habia sido educado desde mucho por mi tia Reverenciana.

Mi tia era una señora muy antigua y muy piadosa, de aquellas que veian al diablo en todas las cosas en que no veian á Dios.

Escuso decir la educacion que me daria.

Segun el mundo y sus reglas, una educacion asfixiante. Pero segun mi tia, que tuvo siempre al mundo más horror que al diablo, porque como enemigo del alma lo consideró siempre superior en categoria, la mejor de todas.

Y la verdad es, que, cualesquiera que fuesen las piadosas exageraciones en que mi tia pudiese haber incurrido en punto á mi educacion, yo me criaba inocenton y coloradote como un ángel de retablo, mientras Baldomerito, el hijo de mi vecino D. César, con sus viajes á Francia, sus maestros de equitacion y su educacion á la inglesa, se criaba medio tísico y con más vicios que una parra.

En cambio, eso sí, él montaba á caballo como un general, y yo apenas si sabia ir en burro hasta el huerto de mi tia, y aun esto acompañado por el señor Ramon que era su criado de confianza.

Pero todo tiene fin; todo cambia en el mundo, y mi vida habia de cambiar tambien.

Mis padres me reclamaron, y el que hasta entonces solo habia viajado en burro, vióse precisado á tomar el primer tren y salir para la estacion de\*\*\*, donde me esperaba el autor de mis dias.

Verdaderamente aquel tren iba á conducirme... *al mundo*.

Dado el caracter y condiciones de mi tia, juzguese cual seria la despedida. Culióme de besos y de escapularios; hizo-me doscientos encargos, de los que al

cuarto de hora habia ya olvidado ciento noventa y nueve; y, sobre todo, me recomendó muy especialmente que jamas apartase de mi memoria las máximas y consejos que me habia enseñado para que me sirviesen de norma y guia en los varios accidentes de mi vida.

—Jamás olvides que eres cristiano, hijo mio, dijo dándome el último beso, y antes que *exponer tu alma, ten valor para perder tu cuerpo*.

Estas últimas palabras se me quedaron muy grabadas en la memoria.

Momentos despues, caminaba acompañado del tio Ramon hácia la estacion próxima, donde el viejo, despues de arreglar mis bártulos, me abrazó; y sonándose á tono brillante en señal de emocion, me volvió la espalda quizá para no verme más. Yo me llevé tambien la manga á los ojos para limpiarme una lágrima. Aunque de poca edad, no dejaba de sentir aquel último adios de mi niñez. Parecióme en mi tristeza que hasta el buro, compañero de mis diabluras infantiles, me miraba con desconsuelo.

Pero de repente una voz chillona vino á sacarme del éxtasis.

—¡Señores! ¡al tren! dijo un hombre que llevaba muchos galones.

Entonces, cogí las cestas, el paraguas, la jaula con el canario y una urna bastante grande con un Cristo y reliquias que me habia encargado mi tia para una amiga suya, y me precipité en el andén.

Allí habia muchas gentes; todos querian subir á la vez; la confusion era espantosa; tanto, que sin apercibirme, empezó á andar el tren y aun no me habia yo encaramado.

—Pero ¿será posible que me quede en tierra? dije asiéndome á donde pude cargado con mis trebejos.

—¿A dónde vá V. criatura? me gritó un caballero muy estirado que asomaba la gaita por una portezuela. A los trenes *express* no se viene con esa impedimenta. Aquí no cabe V.

—Perdone V. señor; no sabia que era

*express*. Y diga V. ¿adónde vá *espresamente* este tren?

—A los infiernos, me contestó volviéndome la espalda y dejándome con la boca abierta.

—V. debe ser de Babia, saltó entonces una voz cascada que sonó detrás de mí.

Era un empleado con un gaban muy largo que venia revisando los billetes.

—¿No sabe V. que este es el tren de recreo número 362?

—¿De recreo y á los infiernos? No tardará en llegar; pensé entre mi; y lo pensé, porque me acordé de una máxima de mi tia:

Quien por el mundo traidor  
vá á caza de devaneos,  
al infierno irá en vapor  
embarcado en sus deseos.

—El billete, gritó el empleado.

Entonces quise meterme la mano en el bolsillo, pero no pude; porque con una tenia que asirme al pasamano del estribo; y con la otra sostener mis apreciables objetos.

Quiere V. hacerme la caridad de sostenerme esto? dije tratando de entregarle por un momento la urna con las reliquias.

—¡Qué caridad ni qué niño muerto! Venga, y despache V. pronto.

Entonces fué á tomarla, pero la soltó en seguida.

—Eso pesa mucho: ¿qué diantres lleva V. ahí dentro?

—¡Cómo que pesa! Si es una urna con reliquias y un Santo Cristo que mi tia me ha encargado para...

Sea lo que quiera; digo que pesa, y sobre todo, con esos mamotretos no se viene á un tren de recreo. Venga el billete.

Y á esto, el tren marchaba á todo vapor.

Yo me puse muy colorado, y casi me persuadí de que pesaban demasiado los encargos de mi tia. Tan grandes eran mis apreturas. Sin embargo no solté el cajon. Metí el brazo por entre el coche y el pasamanos para sostenerme y tener un poco



libre, y sacando como pude el billete, se lo entregué al hombre del gaban.

—Una carcajada, la más burlona que he escuchado en mi vida, me heló la sangre. Era que aturdido le había dado mi cédula de comunión.

La carcajada fué tan ruidosa, que todos los viajeros se asomaron á las ventanillas. En cuanto se enteraron de lo que era y vieron la urna, la broma se hizo general.

—¡Es un fanático que vá cargado de reliquias! decian unos.

—Es un loco, exclamaban otros!

—¿A ver como tiene la cara?

A todo esto, el empleado me exigia el billete riendo tambien.

—¿Dónde me he metido? pensaba yo volviendo los ojos á todas partes. Qué jentes son estas, que se burlan porque ven una cédula de comunión, y se rien porque llevo reliquias? ¡No seran cristianos!

—¿Qué tren es este? pregunté entonces con la mayor inocencia. ¿No es el que vá á mi pueblo?

Volvieron a reir estrepitosamente.

—Este es el tren *del mundo*, dijo un chusco.

—Es el tren de la civilizacion, amigo mio, donde no pueden viajar los sacristanes como V.

—Es de recreo, y no se admiten equipajes, saltó un granuja aludiendo á la urna del Santo Cristo.

El empleado, entonces, me dijo terminantemente: que, ó abandonaba la urna, ó me quedaba en la primera estacion, porque con ella no podia entrar en los coches.

Aquello me afligió ya mucho. ¿Tendrian razon aquellos señores para burlarse de mí? ¿Seria yo un majadero en venir cargado con aquellos objetos á un tren de recreo? Me ví tan apurado y sofocado, que casi estuve tentado á arrojarlos á la via; pero me acordé de otra copla de mi tia.

Quando la piedad pesa,  
señal segura  
que es muy debil el alma  
del que la usa.

¡Ay del que quiere  
llevar tan sólo á Cristo  
mientras no pesel

—¡Dios mio! exclamé comprendiendo que lo que me hacia vacilar era el ataque del ridiculo. ¡Dios mio ayúdame!

Estas palabras fueron ahogadas por un silbido espantoso. Hasta la maquina parecia que silbando se burlaba tambien de mi. Al mismo tiempo, una espesa humareda me cortó la respiracion. Era que atizaban el fuego de los hornillos. El tren multiplicaba su velocidad, y yo sudaba la gota gorda.

Entre tanto en los coches se oian grandes risotadas. Se conoce que los viajeros iban muy contentos y que todo el mundo se divertia menos yo, que impedido de entrar en los coches con el *devoto* equipaje, ni me resolvia á tirarlo, ni á abandonar el tren.

Me pasaba la que á los cristianos de media tinta; que, sin soltar el *equipeje de la piedad*, quieren viajar en el *tren del mundo*.

Esto me trajo á la memoria otra copla de mi tia:

Los que entre el mundo y Cristo  
viven á medias,  
inventando pamplinas  
y componendas,  
al fin y al cabo,  
ni de Cristo disfrutan  
ni del diablo.

No obstante la copla, yo que debia tener naturaleza de conservador, insistí en buscar el término medio.

Me meteré en la perrera, dije para mí, y negocio arreglado.

Entonces empecé á recorrer el tren desde la cabeza hasta la cola.

Era lo mismo que recorrer una serpiente á lo largo de los anillos; cada uno llevaba su veneno.

En unos coches se hablaba de una cosa, en otros se hablaba de otra, pero en ninguno se rezaba el rosario. ¡Quien reza el rosario en el *tren del mundo*! como le habia llamado uno de los viajeros.

En el primer coche iba la gente jóven y se bromeaba de lo *lindo*.

—Guardad las formas señores; decia un viejo verde echandose las de gracioso y guiñando los ojos ribeteados por el humor herpetico.

No quise oír más.

El otro coche era de primera, y lo ocupaban *hombres serios*.

«Las elecciones de Villa-frita..., doscientos votos...; el Gobernador tuvo la culpa...; las cohaciones del distrito...; son unos pillos...; el sufragio...»

—No necesitareis pocos el dia que os murais, dije sigiendo hacia el otro departamento que era un reservado.

—«No tengas duda de la que condesa se pinta,» decia una señora muy empereligada.»

—«No se pinta la condesa.

—Te digo que la condesa se pinta.

—No se pinta la condesa.»

En el de más allá cuchicheaban unos pollos tísicos.

—«¿Has visto que vecinas?

—¿Lo rubia ó la del sombrero?

—La jamona del abanico.»

Pasé al otro coche.

—«Desengáñese V.; fué una subida en falso.

—Por eso yo no juego al alza.

—Ni yo he querido nunca bonos.

—Es que las cubas...»

Seguí adelante.

—«¡Chico que garganta?» decian en otro coche,

—Es mejor la *Panzoni*.

—Pues ¿Y la *Nant*?

—El cuarto acto fué divino.

—¡Oh, que cuarto acto!»

Continué y me encontré con un hombre solo. Ostentaba gruesos brillantes: parecia inglés y leta muy abstraído.

—La Biblia, dije para mí; al fin no falta quien se acuerde de Dios.

Miré y era un tratado de cocina.

Entonces comprendí que habia poco que esperar.

Aquel tren, realmente, era el tren del mundo; pero del mundo moderno con sus medias cañas de civilizacion y sus punteras de progreso. Allí nadie se acordaba de Dios ni de Cristo, y aun yo que me acordaba, andaba dudando si abandonaria el que llevaba en la urna para evitar que se burlasen de mí.

Continué tren abajo, y continué oyendo el jolgorio.

Gritos, silbidos, bromas, carcajadas. Unos hablaban de mujeres, otros de *negocios*, otros de bailes, de teatros, de chascarrillos, de cacerias, de proyectos.

Quién charlaba de política, quién disputaba de filosofía diciendo cincuenta mil disparates.

Quando llegué á los coches de tercera estaba aturdido; pero aun me aturdí más. Allí la cascarilla de la llamada *bucna educacion*, barniz aplicado muchas veces para ocultar inmundicias, no existia, y por tanto los tipos eran más repulsivos. Se comentaban crímenes, se celebraban valentias, se decian necedades, se cantaban coplas sucias, se bebia vino fuschinado y se comia pan y salchicha mezclada con blasfemias.

Lo que más me chocó entre aquel pandemonium de miserias humanas, fué un comisionista de polvos para adulterar quinina, que peroraba á voz en grito contra el oscurantismo de los tiempos antiguos, y bendecia los modernos que permitian al hombre toda clase de libertades.

—¡La libertad es muy hermosa, señores! gritó entusiasmado para terminar el discurso. ¡No hay nada como el progreso y la civilizacion!

—Y el vino á dos cuartos, contestó el tio de la salchicha, echándose otro trago de fuschina en cantidad suficiente á reventar á tres meses fecha.



—Es muy hermosa la libertad.

—Y tan hermosa, volvió á contestar el tío, echándose otro trago. Por eso no la quieren los beatos.

—Pues que rabien los beatos gritaban varias voces; y luego cantaban á coro:

Cada vez que considero  
que me tengo que morir,  
tiendo la capa en el suelo  
y me reviento á dormir.

Por no morirme yo de veras pasé de largo, y me agarré al último furgon donde iban los perros, seres los más honrados de todo el tren, sin duda por lo poco civilizados.

Cuando llegué, aun se oía gritar al comisionista; pero entonces gritaba porque le habian robado el reloj.

Luego solo se oyeron risas y voces confusas que cantaban coplas alusivas á la libertad; (seria la de quitar relojes).

En este momento empecé á escuchar un rumor siniestro. La máquina volaba, y cada vez silbaba con más fuerza. A lo lejos me pareció ver un túnel, de cuya negra boca salia humo; me alarmé extraordinariamente; sin embargo los empleados córrian muy alegres por los estribos bromeando con los viajeros.

Al colmo iba ya á llegar mi angustia, cuando he aquí que al saltar de un coche á otro uno de ellos se agachó y... ¡horror! enseñó una cosa que me pareció cola; juraría que era una cola. Verla y darme un vahido todo fué instantáneo.

Me persuadí que aquel tren no era natural. Debía ser una cosa mala, como decía mi tia.

—¡Ehl señores! empecé á gritar á los viajeros volviendo tren arriba. Señores que nos perdemos; que este tren va á mala parte. Arrojen, señores, arrojen á escape, que más vale *destruirse el cuerpo que perder el alma*. Abajo, señores, abajo.

Pero, ¡que si quieres! nadie hacia caso. El estrépito y las risas eran cada vez más atronadoras.

Los que hablaban de política seguian hablando de política: los que de placeres, de placeres; los que formaban grandes proyectos, y los que maquinaban grandes diabluras, todos seguian su faena como si el mundo fuese suyo y no hubiese á quien dar cuenta de tanto enredo,

Y entre tanto, el tren que habia tomado una horrorosa pendiente, caminaba con una velocidad solo comparable á la de la vida que corre hacia la muerte.

Pues á mí no me sorprenderá en la indecision, dije disponiéndome á dar el salto. Pero... ¿cómo tirarme sin romperme un hueso?

Entonces me vino á la cabeza otra máxima:

No romperá del mundo  
los lazos férreos  
quien ande con temores  
y miramientos.

Sin apreturas,  
ni se alcanzan virtudes,  
ni pescan truchas.

Tiene razon mi tia, dije, y sin pensar ya más, me tiré de cabeza.

Escuso decir que momentos despues me recogian en una espuerta y era trasladado al pueblo inmediato!

Cuando abrí los ojos encontré á mi lado á un mediquillo joven muy elegante, que acababa de hacerme la primera cura.

—¿Como ha caido V.? me preguntó.

Entonces le conté lo ocurrido.

—¡Horror! exclamó con énfasis. (Parece imposible tanto fanatismo! Está visto que mientras en el mundo haya sotanas no acabará la...

—Señor, dije sin dejarle concluir, ¿qué culpa tiene nadie de que yo haya tomado al pié de la letra unas máximas espirituales? Despues de todo, crea V. que me consuela una cosa que tambien me enseñó mi tia, y es: que *á quien va por el camino de la buena intencion, hasta las torpezas se le convierten en beneficios*, porque la Providencia le protege.

—¡La Providencial exclamó el mediquillo. Se conoce que V. es un niño.

—¿Es que tampoco cree V. en la Providencia?

—Creo en la *inmanencia*, y basta.

—¿Y eso que es?

—Una ley en virtud de la cual el fanático que se tira de un tren se rompe la crisma, y el que no se tira no se la rompe.

No habia acabado de decir estas palabras, cuando se abrió ruidosamente una puerta.

—¡El médico titular! exclamó un hombre pálido como la cera.

—¿Qué pasa?

—Que se venga V. inmediatamente, pues acaba de ocurrir una catástrofe espantosa. Se ha roto el puente de Despeñapillos, y se ha precipitado en el abismo el tren núm. 362.

—¡El de recreo! exclamé dando un grito. ¡Gran Dios! ¿Y aun dicen que no hay Providencia?

—Doctor ¿oye V.? dije volviéndome. Pero el médico habia desaparecido.

Entonces llevándome las manos á la cabeza y considerando la sabiduria que encerraban los consejos de mi tia, exclamé con las lágrimas en los ojos:

¡Bendito seas, Dios mio,  
que al inocente,  
en su propia innocencia  
salvaste siempre;  
mientras al mundo  
le dejas que se estrelle  
contra su orgullo!

ADOLFO CLAVARANA

## SECCION INSTRUCTIVA

### Pio el grande y Victor el pequeño

A los que hablan de hipocresía ni saben lo que se dicen conviene recordarles el siguiente fragmento histórico.

Era el 10 de Setiembre de 1870 cuando aprovechando Victor Manuel la retirada de las tropas francesas de Roma se dispuso á despojar al Sumo Pontífice de sus estados con la misma frescura con que el ratero se aprovecha de la ausencia de la prolicia para despojar al transeunte.

Pero antes quiso dejar una muestra de lo que es la verdadera hipocresía y dirigió al Pio IX la siguiente carta á mano del conde San Martino.

Santisimo Padre:

«Me veo en la inevitable necesidad, para la seguridad de la Italia y de la Santa Sede de que nuestras tropas avancen y ocupen las posiciones que son indispensables para la seguridad de Vuestra Santidad y el mantenimiento del orden. Vuestra Santidad no podrá ver un acto hostil en esta medida de precaución... Vuestra Santidad al libertar á Roma de las tropas extranjeras y del continuo peligro de ser el campo de batalla de los partidos subversivos, habrá efectuado una obra maravillosa, dado la paz á la Iglesia y demostrado á la espantada Europa cómo se pueden obtener victorias inmortales con un acto de justicia y con una sola palabra de afecto.

Yo os ruego que me bendigáis y renuevo á Vuestra Santidad la expresión de mi más profundo respeto.»

Leída esta carta, yérguese el Papa inexorable como la justicia, triste como la última palabra del destino, y deja caer sobre el embajador la frase de Jesús: «Raza de víboras, corazones blanqueados»

Y al dia siguiente contestaba al invasor con la siguiente carta:

«Señor: el conde Pvrza de San Martino me ha entregado la carta que vos me habéis dirigido. Dicha carta es indigna de un hijo afectuoso que se gloria de profesar la fe católica, y que se honra con la real lealtad. Yo no entro en detalles acerca de vuestro escrito porque renovarí el dolor que su primera lectura me ha causado. Bendigo á Dios porque permitió que vuestra majestad llenase de amargura el último periodo de mi vida,



Yo no puedo admitir vuestras peticiones é invocó de nuevo á Dios poniendo en sus manos mi causa que es enteramente la suya. Yo le ruego que os conceda abundantes gracias, que os libre de todo peligro y que os haga merced de las misericordias que necesitáis.

Pío IX.»

Fiel á la tradición de 1860, Victor Manuel no esperó la carta del Papa para invadir el territorio de la Iglesia; el 11 de Septiembre, Cardona pasó la frontera pontificia al frente del ejército y marchó hácia Roma, y la puso sitio, teniendo Victor Manuel la insolencia de comunicar al Romano Pontífice que el día 20 sería tomada.

Enseguida el Romano Pontífice trasmitió al general Kaarler las siguientes instrucciones:

«Debo ordenaros qué hagais consistir la defensa en una protesta contra la violencia, y nada más: es decir, que tan pronto como se abra la brecha se entablen negociaciones para la rendición de la ciudad.

No se podrá decir jamás que el Vicario de Cristo, aunque injustamente atacado, ha consentido una gran efusión de sangre. Nuestra causa es la de Dios, y en El ponemos nuestra confianza.

Yo os bendigo de corazón, señor general, lo mismo que á nuestras tropas.

El Vaticano 19 de Septiembre de 1870.  
PIO, PAPA IX.

Al día siguiente quedó Pío IX sin trono. Vencido y abandonado, terminó, no obstante, su vida en la majestad y en la magnificencia, comenzando desde entonces una solemne ascensión hacia la apotheosis en la cual se extinguió dejando á su sucesor sus derechos intactos y un poder espiritual que nada iguala en el mundo.

En cambio, ¿que dejaba Victor Manuel?

Un ejemplo de hipocresía y de perfidia que aun está repercutiendo en el mundo moral con daño cada dia más tangible del derecho de gentes.

«Si yo tuviese el poder de San Pedro. (decía un dia Pío IX) y si mi palabra pudiese herir de muerte á los soberanos y á los diplomáticos que me han mentido, haría á mi alrededor un cementerio de reyes.»

¿Cuanta hipocresía no habrán derrochado los hijos de la revolución en sus ataques á la Iglesia?

## VARIEDADES

### LEO Y COPIO

«Un individuo de mal vivir, con una carta falsificada, estafó hace tiempo 200 pesetas al beneficiado de la Catedral (de Cuenca) Sr. Cañadas. Aclarado el timo, fué su autor procesado y encarcelado, mas perdonado

por el víctima, fué absuelto hace unos días y puesto en libertad.»

De donde resulta:

Que á pesar del odio que las gentes de mal vivir tienen á los curas, son sumamente aficionadas á incautarse ó á adherirse por todos los medios imaginables (sin perdonar falsificaciones) al dinero clerical ajeno, contra la voluntad de su dueño.

Y que los curas, tan aborrecidos por las gentes de mal vivir, perdonan generosa, ó mejor dicho, caritativamente, á los que les ofenden y dañan.

Dirán ustedes ahora que el individuo de mal vivir que libretomó las 200 pesetas al Sr. Cañadas, por haberlo antes librepensado (y vayan ustedes viendo la relación que existe entre el librepensamiento y la librecacción), arrepentido de su delito y agradecido á la noble conducta del Sr. Cañadas, cuyo cristiano perdón le devolvió la libertad, visitaría á éste para darle las gracias.

Si, señor, le visitó y le dió las gracias... echando una soga al cuello á una cuñada del Sr. Cañadas que encontró en la casa, estrangulándola y arrastrándola después hasta una despensa, que cerró con llave.

Este es el hecho que, con el título de *Crimen odioso* encuentro estos dias en todos los diarios.

Y esta es la conducta que librepensadores y libretomadores observan con todo el que les hace algún beneficio, y muy particularmente con los frailes y los curas; así como la cristiana conducta del Sr. Cañadas, es la que siempre observa el clero católico con todo el que le ofende ó daña.

No dicen los periódicos si el libretomador y libreasesino, al encerrar el cadáver de la cuñada del Sr. Cañadas en la despensa, se llevó de ésta algún jamón.

Probablemente.

Y si no se le llevó, es porque no lo habría.

Lectura Dominical.

## SUSCRIPCION PARA SOCORRER Á D. BERNARDO SANTIAGO FRANCO POBRE, ENFERMO Y CESANTE, POR HABER INVENTADO Y PROPAGADO LA COLOCACION DE PLACAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN LAS FACHADAS DE LAS CASAS.

|  | Pts. | Ctms. |
|--|------|-------|
| Suma anterior. . . .                                   | 842  | 35    |
| D. Francisco Ventosa                                   | 4    |       |
| » Daria »  | 2    |       |
| Un hijo de S. Francisco de Asís                        | 2    |       |
| Un Sr. Sacerdote de Yecla                              | 3    |       |
| Dos celadores del Apostolado Salamanca                 | 10   |       |
| D. Isidro Ortega                                       | 5    |       |
| Varios admiradores y entusiastas de LA LECTURA POPULAR | 15   |       |
| D. José M. Galvez Rubio                                | 5    |       |
| » Antonio Tejerizo                                     | 2    |       |
| » José Martín  | 2    |       |
| » Ignacio García Reyero                                | 2    |       |
| » Emilio G. Rovina                                     | 1    |       |
| » Longinos Lopez                                       | 1    |       |

|   |    |    |
|---|----|----|
| Una devota del S.C.J. (Madrid)          | 10 |    |
| Un católico de Lorca                    | 2  |    |
| D. Cirilo Abadia, Pbro.                 | 2  |    |
| » Juan Cruz Solano                      | 1  |    |
| » Ignacio Vidal                         | 15 |    |
| De una Sra. piadosa, P.Badajoz          | 33 | 43 |
| D. José Lopez Morcillo                  | 1  |    |
| » Severino Cora, Seminarista            | 2  |    |
| » Juan de Dios Guimerá                  | 5  |    |
| » José Esquerdo                         | 5  |    |
| » F. M. (Bilbao)                        | 25 |    |
| » S. M. O »                             | 25 |    |
| » M. O. »                               | 5  |    |
| » D. J. P. H. (Pozoblanco.)             | 10 |    |
| » L. R. F. »                            | 3  |    |
| » P. J. R. J. »                         | 2  |    |
| Un católico »                           | 5  |    |
| Un » »                                  | 5  |    |
| El Círculo Católico »                   | 10 |    |
| El Conserge de dicho Círculo »          | 50 |    |
| Un Devoto del C. J., (Toro.)            | 5  |    |
| D. A. Valero                            | 10 |    |
| » Federico de los Rios                  | 4  | 50 |
| » José Bocco                            | 1  |    |
| » José Cardona                          | 1  |    |
| » Juan Pelegrí                          | 1  |    |
| » Juan Allés                            | 1  |    |
| Sres. D. Casiano y Miguel L. de Heredia | 5  |    |
| » Juan Cabrera Muñoz                    | 2  |    |
| » Pedro Castro Rojas                    | 2  |    |
| » Julian Arroyo Morales                 | 2  |    |
| » Hipólito Cabrera                      | 1  |    |
| » Ricardo Guijo                         | 2  |    |
| » Juan Redondo Calero                   | 2  |    |
| » Enrique Guerréro                      | 1  |    |
| » Rafael Rodriguez                      | 5  |    |
| » Francisco García                      | 1  |    |
| » Juan Bermejo                          | 1  |    |
| D. Antonio Gozalvez                     | 75 |    |
| Sres. Párrocos de Alzo y Alegría        | 6  |    |
| D. N. (Palma)                           | 50 |    |

Suma. . . . 1167 53

Se continuará.

NOTA.—El Sr. Franco, por motivos de salud, ha vuelto á trasladarse á Medina Sidonia, Plaza de Santiago Núm. 2.

### NOTA BIBLIOGRÁFICA

Ha visitado nuestra redaccion el Representante de la Casa Editorial de San Francisco de Sales de Madrid D. Pedro de Galvez y Theulé.

Entre las varias obras muy buenas que trae, hemos visto y recomendamos eficazmente EL GRAN CATECISMO CATÓLICO del Padre Deharbe de la Compañía de Jesús: LAS HISTORIAS DE LA IGLESIA DE HERGENROTTER Y ROHRBACHER, Obras completas de DONOSO CORTÉS, BEATO ÁVILA, y GRANDES ARCANOS DEL UNIVERSO.

### LA LECTURA POPULAR

#### PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

|                   |                     |
|-------------------|---------------------|
| Una accion . . .  | 4 pesetas mensuales |
| Media id. . . .   | 2 » »               |
| Un cuarto id. . . | 1 » »               |
| Un octavo id. . . | 0'50 » »            |

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Pas 6, principal, y en las demás librerías católicas,

Imp. de LA LECTURA POPULAR